

Fotografías de la subjetividad al borde del abismo

Vivián Rimano*

Escribí este trabajo con el recuerdo imborrable del encuentro con un pequeño paciente en una policlínica psiquiátrica. Por lo tanto no se trata, lamentablemente, de un análisis, fueron tan solo algunas consultas que pude tener con él, a las que nunca faltó. Al poco tiempo no apareció más, me enteré que a su padre lo habían internado en un sanatorio psiquiátrico y que la madre con sus hijos se habían ido de la ciudad. Él, no se imagina cuántas preguntas generó en mí y cuántas veces ha estado presente en mi cabeza frente a otros pacientes con situaciones similares, es mi modesto agradecimiento a Fabián, un niño que no pudo ser reconocido como tal...

“¿*Quién soy?*”, no fue la voz de un filósofo ni de un psicótico la que hace más de una década escuché en el consultorio. Era un pequeño niño, Fabián, tenía 9 años pero aparentaba no más de 5, extremadamente menudo, pálido, de mirada opaca y sombría, con escasos gestos y poca vitalidad, me dio la sensación que la muerte había atravesado silenciosamente su existencia.

Vino acompañado por su madre, derivado por el pediatra a causa de un hipocrecimiento sin causas orgánicas detectables que se instaló cuando él tenía aproximadamente 4 años. Su madre con una fría indiferencia me dice: “*Quedó detenido a los 4 años, él era «otro», grande, gordo, lleno de energía...no sé que*

* Miembro Asociado de A.P.U. Ramón y Cajal 2540, Tel. 481 0009, Montevideo.
E-mail: vrimano@adinet.com.uy

pasó... dicen que capaz lo afectó el nacimiento de su hermana... ”.

Convive con su madre, su padre, un hermano varón 2 años mayor y su hermana de 5 años, no sé casi datos de su historia familiar, pues Fabián concurría la mayoría de las veces solo a la consulta, ya que sus padres “nunca” podían acompañarlo... De su cuerpo diminuto emanaba un relato que era una especie de murmullo casi inaudible para mí, de una forma inteligente pero distante me transmitió su soledad, la falta de amigos y sus dificultades escolares. Como al pasar me dijo que desde el nacimiento de su hermana su padre había dejado de sacarle fotos y que él no entendía bien por qué ello había sucedido. Le propuse si él quería ver alguna de esas fotos conmigo, así fue que en el encuentro siguiente lo vi llegar con una bolsita apretada entre sus manos, y allí encontré dos fotografías suyas de cuando tenía algo más de un año; en una vestido de varón, mientras que en la otra estaba de niña con un vestidito blanco.

Un impacto y algo siniestro me atravesó en ese momento...

Fabián me dice: *“Mi padre siempre decía que tenía «mellizos», una nena y un varón... me compraba vestidos, me peinaba y me sacaba fotos... cuando nació mi hermana me dijo serio «la melliza murió»... ”*, *“la melliza”* (repitió varias veces) *“él la llamaba así...”*, se queda mirando las fotos como confundido... *“parezco una niña...”* agarrándose la cabeza con sus dos manos me mira anonadado diciéndome: *“¿Quién soy?”*

Desde hace algunos años Fabián vestido con ropas de mujer, se masturba compulsivamente en lugares donde expone en riesgo su vida, pretilos de azoteas, colgado en la altura de un árbol, etc. Su madre que lo ha “visto” en estas situaciones, pasa indiferente frente a él... *“son cosas de chicos...”*, su padre riéndose burlonamente le ha dicho: *“¡¡Con esos testículos tan chiquitos y haciendo eso!!”*

En alguna oportunidad se ha puesto zapatos de tacón y caminaba sobre los techos de chapa del vecindario produciendo ruidos intensos. Su madre “nunca” lo escuchó, ante la burla y amenazas de los vecinos su padre le impuso como castigo bañarse desnudo con el agua fría de una canilla del frente de su casa. Ante

su vergüenza y humillación el padre le decía: “*¡Por esa cosita de morondanga que te cuelga ahí llorás!*”, Fabián me dijo que temblaba...”...*pero mi padre lo hizo porque me quiere...se quedó allí conmigo... mi madre se fue... ¡los vecinos podían llegar a matarme a pedradas!*”.

“¿Quién soy?”

¿Qué es lo que Fabián se pregunta y me pregunta? La interrogación pudo surgir porque quizás él sintió un atisbo de esperanza en mi mirada para sostenerlo, una búsqueda de reconocimiento nunca experimentado, un movimiento que me evoca al del niño frente al espejo que se vuelve hacia quien lo sostiene solicitando que lo reconozcan, que lo nombren como sujeto.

La falla en el reconocimiento por el “otro” es aquí dramática, no hay un tercero que lo discrimine de la imagen que ve en las fotos, la locura hecha imagen...

Sus identificaciones no han tenido otro camino que la de construirse en el seno de una “situación delirante”, lo que ha visto fue una suerte de “doble” (“los mellizos”), que se le impusieron desde el deseo alienante del “otro”, sus padres. Estas fotos son el testimonio del anonadamiento que le genera cuando se desarticula su imagen, su cuerpo y su nombre propio, un mismo cuerpo...dos imágenes...dos nombres...“Fabián y la melliza”.

La pregunta de Fabián condensa pues un mundo de enigmas, ¿está vivo?, ¿existe?, ¿es una niña o un niño?, ¿o ambos a la vez?, ¿es la melliza muerta?, ¿qué de él sobrevivió a esa muerte?, ¿es una parte de su hermana menor?, ¿qué queda de él en el deseo de sus padres?

Y como dice D. Gil (1995): “«Quién soy yo?» pregunta que no sólo hace referencia al ser, sino al existir. Si no soy yo, ¿es que existo realmente? O es otro que me ha usurpado y robado mi existencia? Y si no existo soy sólo *esta nada inconcebible e insoportable*”.

Subjetivación e identificaciones patógenas¹

La subjetividad se construye en una paradoja intersubjetiva, la necesidad de que el “otro” nos reconozca como un sujeto, que nos identifique como “otro”, pero en ese “otro” vendrá incluido inevitablemente el deseo “ajeno” de los padres, ajeno en varios sentidos, ajeno para los propios padres por ser inconciente y ajeno para el hijo porque será a través de este núcleo de alteridad que podrá construir su identidad.

Ese “extranjero” que nos habita podrá quedar como un punto enigmático de nuestra subjetividad o invadir en diferentes grados nuestro psiquismo, haciendo oír sus voces estridentes: “*Estos son mis mellizos*”, “*La melliza es preciosa...*”, “*La melliza murió...*”,... a veces se puede morir dos veces sin haber nacido...

Esta situación me hace pensar lo que Aulagnier P. (1984) llama “**enunciados identificantes**”² : “(....) un efecto de interpenetración entre un enunciado pronunciado por una voz particularmente investida, y la vivencia emocional del niño en el momento que la oye, en el momento que yo diría queda «impresionado»”. Este proceso es del orden de lo **no reprimible**, el niño captura y es capturado por el enunciado que queda **escindido** en su psiquismo, pudiendo resignificarse en un “après coup” en diferentes momentos de su vida. Parte del Yo y me pregunto si no también del Super-Yo, quedaría enquistado en esta identificación, el enunciado identificatorio es escuchado como portador de un exceso de violencia, odio o amenaza, el Yo no puede relativizarlo, modificarlo, darle un sentido, “oírlo” como una metáfora, queda hecho carne en él.

Estos “enunciados” se plasmarían como identificaciones patógenas y como una **solución identificatoria**, se convierten en un recurso defensivo para seguir existiendo, con ellas “no soy yo”, pero sin ellas “no existo”

¹ Tomo esta denominación de G. Badaracco (1985).

² Todas las negritas son mías.

La “mirada” del otro que nos identifica puede ser portadora de odio y de humillación, como patéticamente nos los muestra este paciente, y como dice Stoller (1986), la humillación deshumaniza al que la padece y luego defensivamente al que la ejecuta. Pero Fabián dice algo importante (que retomaré luego nuevamente) en la humillación que sufre por parte de su padre “escucha” un deseo “...lo hizo porque me quiere...se quedó conmigo...mi madre se fue...”, en la humillación padecida encuentra las migajas del deseo del otro por su existencia.

La mirada de la “mujer-madre” es la indiferencia, el vacío, no hay nada que presentifique mejor a la muerte que la destructividad de la indiferencia (Roussillon, R., 1999, a), y la indiferencia también dejará su huella no representada en el inconciente.

Aquí no estamos frente a lo inconciente reprimido, el que retorna como sustituto simbólico en el síntoma, en los sueños, en los lapsus, etc., aquí se trata de la expresión de un estado traumático experimentado en un momento donde el psiquismo es incapaz de representarlo, cuando éste no puede procesar ciertos estados afectivos en extremo angustiantes. Esto **no** implica que estas experiencias no dejen una huella, una marca, una traza en el psiquismo, Schkolnik, F. (2005) ha desarrollado este tema en relación a las fallas que determinan que dichas inscripciones no queden disponibles para establecer cadenas representacionales que permitan el trabajo de resignificación necesario para la elaboración psíquica a través de la ligazón con las representaciones-palabra. La autora habla de “(...) un fracaso en las posibilidades de simbolización, dado que ésta implica un proceso que surge a partir de la ligazón entre representaciones, permitiendo que se configure una verdadera malla que habilita la circulación del afecto y la necesaria resignificación que promueva la apertura al sentido” (idem., a).

Ahora bien, estas marcas inconcientes que no pudieron simbolizarse adecuadamente, no pueden ser reprimidas, quedan escindidas en el psiquismo, no pueden integrarse a la subjetividad, quedan en otra situación tópica en relación al yo, el yo queda en

parte capturado en el clivaje y la desmentida, esto hiere el basamento narcisista dejando un **desgarro en la subjetividad**, es aquello que no puede devenir “sí mismo”, una “falta a ser” (Roussillon R. 1999, d)

Este último autor (idem, 1999, b, c) describe estas situaciones como un estado de “agonía”, el sufrimiento psíquico de un sujeto confrontado a una situación extrema de “muerte psíquica”³, la vivencia es la de una situación sin salida, sin límites, que desorganiza, ante la cual se carece de recursos internos y externos, de un estado más allá de la falta y la esperanza.

Lo clivado tiende también a retornar, no lo hará como lo reprimido, pues carece de las posibilidades representativas de este último, entonces, cómo retorna lo inconciente escindido? Me gusta pensar siguiendo a Green A. (1990) que el retorno se hace en las “fronteras” de lo psíquico, el “soma” y el “acto”. Cuando la psiquis no tiene recursos propios, el propio cuerpo se convierte en un lugar donde se intenta ligar lo no representado, el cuerpo se sacrifica para mantener cierta homeostasis narcisista.

Roussillon (1999, e) denomina “ligazón no simbólica primaria somática” a las manifestaciones somáticas que no son el sustituto simbólico de lo reprimido, la falla en la posibilidad de establecer cadenas representacionales bloquean dicha posibilidad, el “cuerpo” liga parte del exceso de excitación no ligada, desprendida por la imposibilidad de traducción y resignificación de las marcas inconcientes escindidas, el soma actuaría “desconectado” del procesamiento psíquico.

Pensemos en Fabián, ese cuerpo diminuto, pálido, desvitalizado, que ha detenido el tiempo...como la muerte, la de la “melliza” y todas las muertes vividas condensadas en ésta.

El acto nos introduce en la problemática del “dominio”, en la dialéctica pasivo-activo. El Yo cuando pueda tratará de ser “actor”, el sufrimiento padecido, no simbolizado, podrá acudir al acto como forma de dominio, efímero y fugaz, y por ello mismo devendrá

³ Concepto cercano a lo descrito por Bion como “terror sin nombre” y por Winnicott en “miedo al derrumbe”.

compulsivo, retornará como alma en pena, se montará la escena de un sufrimiento sin nombre, o la de un vacío sin salida y sin esperanza. No es el vacío de la pérdida, de lo perdido, del duelo, sino en el vacío de lo que **nunca se tuvo**. Es la imagen de Fabián colgado de los pretilos de un abismo al borde de la caída...

La búsqueda no es la de la muerte física (aunque ésta pueda fácilmente alcanzarlo), la palabra “muerte” condensa una multiplicidad de experiencias mudas, los enigmas de la historia, los deseos filicidas de los padres, el vivirse como una “cosa” desubjetivizada, la falta de reconocimiento como un “otro”, el desfallecimiento psíquico...Es así como Fabián, y otros pacientes con los que me he encontrado donde lo inconciente escindido y las fallas de simbolización muestran una fuerza inusitada, se expondrán una y otra vez a situaciones extremas, donde la **desmentida** de la muerte propia y del objeto se entronará como recurso defensivo. Es atravesar la muerte acontecida y sentir que aún se sigue vivo, la invulnerabilidad y omnipotencia narcisista que esto otorga los sumerge en la **fascinación por el horror**, la atracción trasgresora frente al abismo de lo no representado que los habita, se vuelven “**adictos** a la vecindad de la muerte” (Joseph B, 1981).

Solución masoquista

Y la sexualidad no es avara a la hora de prestar una ayuda...en esta historia aparece una “**solución erotizada**”, McDougall J. (1985) ha llamado “neosexualidades” a estas nuevas versiones de la sexualidad humana que condensan dramas arcaicos y edípicos, el termino “erotización” parece obvio, pero si lo pensamos más detenidamente no lo es tanto, se erotiza el sufrimiento, el dolor, el odio... ¿pero la erotización puede explicarse tan fácilmente a si misma?

Un niño masturbándose compulsivamente en el pretil de una azotea o colgado de un árbol, taconeando entre frágiles techos de lata...El sufrimiento buscado, el sufrimiento padecido, la satis-

facción en la insatisfacción, el papel del sufrimiento erotizado en el ser humano, son varios de los enigmas del masoquismo. Nos encontramos frente a un sobreinvertimiento masoquista de la excitación, ella desplaza al placer de la descarga atemperada inherente a la satisfacción de la relación objetal. En este escenario el sujeto y los otros son meras “cosas”, la relación objetal queda bloqueada, lo que equivale a un abandono del objeto, el sujeto queda encerrado en una especie de “autismo masoquista” (Rosenberg B. 1991) girando alrededor de la excitación en sí misma, una especie de “orgasmo del sufrimiento”. Ya no es el “masoquismo guardián de la vida (Freud S. 1924) sino el **“masoquismo mortífero”** (Rosenberg B., 1991), pues la vida se vuelve imposible sin el otro.

Nuestro encuentro

Lo escindido y no simbolizado del psiquismo no parece sentirse cómodo en un encuadre..., buscará de una y otra forma cuestionarlo, trasgredirlo, sacándonos a empujones de ese lugar aparentemente “tranquilo” de nuestra “identidad”: Fabián en varias oportunidades se exponía desafiante o sigilosamente frente a mí en situaciones de riesgo, intentaba poner los dedos en los enchufes, se asomaba peligrosamente por la ventana, o a veces utilizando otros recursos era capaz de captar sutilmente cuál era el objeto más querido para mí del consultorio, lo agarraba inesperadamente entre sus manos haciéndome sentir que lo iba a dejar caer, estrellándose contra el piso.

Pienso que inevitablemente deberá transcurrir un tiempo donde la transferencia quedará parasitada por las identificaciones clivadas del paciente, porque éste no tiene otros recursos internos que los de “hablar”, “escuchar” y “actuar” a través de éstas. Faimberg H. (1993) señala en estos casos la importancia de **“la escucha de la escucha”**, jerarquizando la importancia de estar atentos no al contenido de lo dicho, sino a la forma en la que nuestros pacientes escuchan lo que nosotros sentimos que les

decimos, o a “quién” escuchamos nosotros cuando el paciente habla o actúa.

Recuerdo que una vez Fabián me contaba algo...el tono de su voz abruptamente adquirió una entonación francamente femenina, yo le señalé que él me hacía escuchar a “una niña” que no era él..., al principio pareció sorprendido, pero rápidamente me gritó: “¡Callate! ¡Callate!... parecés una asesina como la de una película que vi en la televisión!... esto no me sirve para nada!”, un silencio hermético se elevó como un muro entre nosotros, lo sentí que se escondía agazapado detrás de éste...

Desprenderse de las identificaciones patógenas es un trabajo arduo y doloroso, su psiquismo se ha estructurado con ellas y “perderlas” lo expone a la indefensión y el desamparo absoluto de la situación traumática de sus orígenes, amenaza viva y actual que lo acompaña, “la asesina” que reaparece nuevamente amenazando su existencia.

Pero junto a este “aislamiento” protector que por momentos se instalaba en la escena, me ha llamado la atención cómo **una parte de su Yo estaba permanentemente tratando de captar mis emociones**, con una sutileza e intensidad que no deja de sorprenderme. Es como si todo su ser se convirtiera en una especie de “radar” que busca descifrar qué estaba sintiendo, no es sólo a través de la mirada que parece lograrlo, su oído, su olfato, su piel, se convierten en antenas altamente especializadas. A modo de ej.:darse cuenta si en un encuentro escribía más que en otro, si subrayaba algo, si hacía algún movimiento o si me quedaba quieta, si era una quietud relajada o tensa, poder ubicar sin titubear en mi biblioteca cuáles eran los libros que yo más leía, etc., etc.

No lo considero como producto de ansiedades paranoides, aunque éstas puedan estar muchas veces presentes, sino más bien a algo que siento como “**hambre del objeto**”. Una parte de él me desinviste, me vive como una “cosa” inerte e inservible, y otra, paradójicamente, me busca con desesperación. En cómo podamos responder a esta exigencia, por momentos vital, se juega la posibilidad de cambio.

Winnicott ya señalaba la importancia de la “respuesta” del

objeto en la situación analítica, el objeto (analista) deberá “sobrevivir” a la destructividad del paciente, sin retraimiento, sin indiferencia y sin represalias. Si bien éstas son condiciones imprescindibles, comparto con Rousillon R. (1999, f) en resaltar que en estas situaciones el analista no sólo debe “sobrevivir”, debe dar testimonio que **“vive” activamente** como “otro-sujeto” junto a su paciente. Si el paciente siente odio, por ejemplo, no parece alcanzar con que no respondamos con más odio o con indiferencia, la gama de lo que nuestra “mirada” puede “decir-hacer” es más amplia, puede mostrar angustia, temor, espanto, burla, sumisión, etc. Es a través de esta “mirada”, que buscan con “hambre”, que el sujeto podrá o no simbolizar lo que experimenta.

La urgencia de nuestra respuesta no se deja hacer esperar, el silencio elaborativo o las interpretaciones más “clásicas” pierden efectividad simbólica, el riesgo de que cometamos una actuación nos acecha, pues inconcientemente nos empujan a que “hagamos algo”, nuestra palabra deberá tener la fuerza del acto o el acto devendrá interpretación (García J. 2003). Agarrar fuertemente las manos de este niño, que estaba a punto de dejar caer ese objeto querido, fue decirle “te agarro...para que tu existencia no vuelva a <<caer>> nuevamente...”, la “caída” era una imagen fuerte que se me presentificaba reiteradamente a través de sus actuaciones.

Roussillon R. (1999g) plantea una idea interesante para pensar estas situaciones en la clínica: “La imago maternal a la cual el <<masoquismo>>erógeno o primario confronta no es una imago sádica, es una imago **fría, indiferente**, desatenta. La respuesta sádica, es testimonio de un investimento, aunque sea <<negativo>>, y es desde este punto de vista **un mal menor** frente a la amenaza de aniquilación radical que representa la confrontación con lo mudo, **la destructividad indiferente**, que retorna pasionalmente, verdadera presentificación de la pulsión de muerte, muerte de hecho, comprobada...”.

Esto mismo, como lo expuse más arriba, me lo “enseñó” Fabián antes que Roussillon, y me siento de acuerdo con esta idea, sólo que yo creo que en un inicio “la imago materna indiferente” es sólo una experiencia sin palabras, sin representación, que

necesita ser **construida** como tal en el vínculo transferencial a través del **desencuentro y encuentro vivo** con el objeto-analista, sólo allí podrá simbolizar la “ausencia” de lo que nunca se tuvo. Sólo después que “la imago materna indiferente” adquiera forma y palabra es que el paciente podrá “escuchar” que la humillación representa tan sólo el deshecho del deseo del otro que tanto anhela.

Anhelo que dejó en mí el de no haber podido recorrer juntos ese camino...

Resumen

Fotografías de la subjetividad al borde del abismo

Vivián Rimano

A través de un breve material sobre el encuentro con un paciente de 9 años intento hacer algunas reflexiones sobre el efecto traumático en la construcción de la subjetividad, cuando ésta se ve sometida a los avatares de una “situación delirante parental” que borra la posibilidad de ser reconocido por el “otro” como sujeto. Las preguntas y enigmas del paciente sobre su existencia se condensan con las de su identidad sexual.

Pienso sobre el inconciente no reprimido y sus efectos, las actuaciones, el lugar del “cuerpo”, sobre el rol de las identificaciones patógenas y el masoquismo.

Summary

Photographs of subjectivity on the edge of an abyss.

Vivián Rimano

Through a brief clinical material of a nine-year-old patient I try to reflect on the traumatic effect on the construction of subjectivity, when the latter has been subjected to the vicissitudes of a “parental delusional situation” which erases the possibility of being recognized by the “other” as a subject. The patient’s questions and enigmas about his existence are condensed with

those about his sexual identity. I make a series of considerations on the unrepressed unconscious and its effects, enactments, the place of the “body”, the role of pathogenic identifications and masochism.

Bibliografía

- AULAGNIER, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo. Del discurso identificante al discurso delirante*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, p. 31-33.
- BADARACCO, G. (1985). Identificación y sus vicisitudes en la psicosis. La importancia del concepto de “objeto enloquecedor”, *Revista de Psicoanálisis* v.42, n.3 Buenos Aires, p.495-514.
- FAIMBERG, H. (1993), A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto. En “*Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*”, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, p. 133, p. 81-85
- FREUD, S. (1924). El problema económico del masoquismo. *O.C. T. XIX*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, p. 167
- GARCÍA, J. (2003). Cuando Eros tienta a Thanatos. *RUP 97*, Montevideo, p83-4.
- GIL, D. (1995). El Yo herido. En “*Escritos en torno al yo y al narcisismo*”, Ed. Trilce, Montevideo, p.112
- GREEN, A. (1990). *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires. p.55
- JOSEPH, B. (1981). Adicción a la vecindad de la muerte. *Rev. De Psicoanálisis*, T. XLIV, N° 2, APA, Bs. As., 1987, p.248-50
- MCDOUGALL, J. (1985). *Teatros de la mente*, Ed. Tecnicpublicaciones, Madrid, p. 235 y sig.
- ROSENBERG, B. (1991). Masochisme mortifère et masochisme gardien

de la vie. *Monographies de la Revue Française de Psychanalyse*, Ed. Presses Universitaires de France, Paris, a) p.84-5.

ROUSSILLON, R. (1999). *Agonie, clivage et symbolisation*, PUF, Paris, a) p.161, b) p.19, c) p72, d) p.13, e) p.31 f) p. 175, g) p.161

SCHKOLNIK, F. (2005). Efectos de lo traumático en la subjetivación. *RUP* 100, Montevideo, a) p.78

STOLLER, R. (1986). La perversión y el deseo de dañar. *RUP* N° 64, Montevideo.